LUIS BARDON
LIBRERO - ANTICUARIO
LEE TO
QUE TE
Madrid

En las mismas librerías se hallará igualmente EL FIEL POLACO, relacion histórica del alzamiento de Varsovia y sublevacion del reino de Polonia. — Un vol. 12.º

CAUSAS

SECRETAS

Y

ANÉCDOTAS CURIOSAS

concernientes

Á LA INSURRECCION DE POLONIA.

CAUSAS

SECRETAS

Y ANÉCDOTAS CURIOSAS

concernientes

Á LA INSURRECCION DE POLONIA,

SACADAS DE LA VIDA

DEL

GENERAL DIEBITZ,

QUE ACABA DE PUBLICARSE EN FRANCIA.

POR

D. Gregorio Perez de Miranda.

Valencia. = Agosto 1831.

IMPRENTA DE JOSÉ DE ORGA,
calle del Milagro, n. 19.

Propiedad de los editores.

Se han entregado en el juzgado de imprentas los egemplares que previene la ley.

PRÓLOGO.

Sin el inesperado éxito de la guerra que por tantos años ha sostenido la Grecia contra la sublime Puerta, pareceria un rasgo de inútil temeridad ó de estéril entusiasmo la insurreccion de la Polonia. Acostumbrados empero á prodigios semejantes, cuando sostiene á los pueblos el deseo de figurar ó el recuerdo de las antiguas glorias, ya no se presenta tan destituida de medios, y mucho menos si traemos á la memoria, en apoyo de la posibilidad

de su buen resultado, el 2 de mayo de Madrid ó los inmortales sitios de Zaragoza. Solo falta á los polacos una causa tan justa, un motivo tan sagrado como el de los españoles para que dignamente brillen los esfuerzos que están haciendo, y la admirable táctica con que han sabido aprovecharse hasta de las inclemencias de la estacion para oponer un dique de hierro á los brillantes egércitos de la Rusia.

Semejantes luchas ofrecen vivo interes porque desenvuelven de una manera original el verdadero carácter de los pueblos y el rasgo distintivo de sus rivalidades genuinas. Entregados á la indómita pasion que los arrastra á luchar

con unos, á ensalzar á otros, á perseguir á estos, á enriquecer á aquellos, se les contempla sin máscara ni disfraz, hasta que introduciéndose en sus filas el ambicioso afan de figurar ó reunir grandes tesoros, toman de nuevo el lenguage de la adulacion, los seduce el espíritu de partido y los deslumbra la brillantez cortesana. Mientras conserva la guerra el indecoroso borron de rebeldía no piensan en otra cosa que en sacudir el yugo estraño; pero así que la constancia la ennoblece ó el feliz éxito la disculpa, aspiran al honor del triunfo cuantos tuvieron parte en ella, y conviértense en cortesanos y magnates los mismos que se quisieron vana-

gloriar de magnánimos como César y desinteresados como Arístides.

He aquí la razon que nos mueve á creer que no carecerá de interes para el público este breve opúsculo, lleno de verdad en sus narraciones y de sensatez en sus discursos. Aunque segun parece no pertenece su autor al gremio de los católicos, admira oirle hablar de la córte de Roma con tanta imparcialidad y conocimiento. Describe de una sola pincelada todo el bien que ha hecho á la Europa moderna, y el alto destino que por tantos siglos noble y gloriosamente egerciera. ¡Qué no deberíamos á su penetracion profunda y á la flexibilidad de su

pluma, si nos pintase el generoso pontífice que salió á contener las legiones de los bárbaros ante las puertas de la ciudad santa, ó el ascendiente político de Richelieu, de Alberoni y de Cisneros!

Por lo demas los sucesos que agitan actualmente la Polonia despiertan nuestra curiosidad y nos incitan á leer cuanto tiene relacion con los valientes militares que derraman su sangre sosteniendo los derechos del imperio, ó con los guerreros mas arrojados que sensatos que han violado el solemne pacto que arregló los estados europeos segun se hallan en el dia para el armonioso sosten de su balanza política. Desconfiemos de la ilusion falaz que ofusca nues-

tras potencias al velocísimo vaiven de las oscilaciones populares, y mantengámonos en el saludable principio de que no hay bien como la paz, ni felicidad mas pura que la que prometen las delicias de la religion, el cultivo de las ciencias y el consolador encanto de las artes.

ARTÍCULO 1.º

Reflexiones generales.

La Rusia, la Francia y la Bélgica han causado la insurreccion de la Polonia. La primera tratándola como pais conquistado, la segunda dando el grito de una revolucion universal, y ofreciendo un egemplo la tercera de que el impulso comunicado en Paris cundiria como una llama eléctrica por las naciones de segundo órden. La noticia de semejante movimiento no causó de pronto en San-Petersburgo grande sensacion. Recibiéronla casi con desprecio: los

laureles de los que atajaron el progreso de las legiones de Bonaparte, y de los que acababan de proclamarse vencedores del oriente, ¿habian de ser marchitados por una provincia insignificante que figura apenas en los dilatados dominios del emperador del norte?

Sin embargo, no tardó en ofrecerse á la consideracion de aquel gabinete que las miras del gobierno frances podian hacer alarmante una insurreccion, que protegida por los estrangeros, no seria estraño llegase á convertirse en importante negocio. Á tenor de la marcha que habian tomado desde 1813 los asuntos políticos de la Europa, la Rusia no solo arrebató á la Francia el prestigio

de presentarse como la potencia árbitra de los destinos del mundo, sino una parte de la gloria militar con que llegára á tan ominosa omnipotencia. La retirada célebre de Moscow, que segun la feliz espresion de un escritor contemporáneo, empezó con máscara y acabó con entierro, dió á las tropas de Alejandro el carácter de agresoras, á pesar de que hubiesen tenido hasta entonces el aspecto de vencidas. Aquel dilatado egército, que semejante á todo un imperio armado, iba siguiendo al primer capitan del siglo, egército en que mas de veinte pueblos gritaban con entusiasmo ¡*viva Napoleon*! en mil diferentes lenguas; se halló repentinamente encerrado entre las

llamas de Moscow y las nieves del desierto, con nubarrones de hordas salvages á los flancos, que despues de devastar la tierra, estaban siempre dispuestas para embestirlo y correr, apareciendo y desapareciendo á manera de un enjambre de abispas que clavan el aguijon y piérdense zumbando por los aires. En valde habian combatido al héroe cuantas naciones se encierran entre el Vístula y el Nilo, y en valde el primer cañonazo de Bailen rompió la virtud del talisman (1), revelándo-

(1) La batalla de Bailen fue la primera que perdieron las legiones de Bonaparte. No puede pintarse la sensacion que esta desgracia causó en Paris, pues habian mirado hasta entonces con un sentimiento supersticioso las victorias nunca desmentidas del

les que no eran invencibles las falanges del emperador de los franceses: él supo hacer olvidar los laureles de esta victoria con los que consiguiera poco despues en Alemania, y con los que arrebató en Ocaña al mismo que tuvo el honor de humillar las águilas de Dupont (1). Desde entonces iba enviando por turno á sus generales á los aromáticos campos de la pe-

---

general, del primer cónsul y del emperador. Creian que habia una potencia superior que peleaba por las huestes del gran capitan de este siglo, hasta que los laureles que se ciñeron los españoles en Bailen les dieron en rostro con su credulidad ridicula y pueril.

(1) En la batalla de Ocaña triunfó la pericia militar de los franceses del valor y entusiasmo de los españoles. Cualquiera nacion menos constante hubiera sucumbido despues de tal derrota.

nínsula, ó para que se ensayasen en la sangrienta lid que se prolongaba en ella, ó para dar una prueba de lo mucho que superaba en mérito y valor á los que eran bajo sus órdenes la admiracion del mundo.

Infiérase de aquí la soberbia de los rusos cuando entraron en Paris como la primera potencia de la santa alianza, y la que mas contribuyera á derribar el coloso. Todo el orgullo de Pedro *el Grande* despues de haber desbaratado y vencido á Cárlos XII ardia en el pecho de su ilustre descendiente. Alejandro era en efecto el nombre que empezaban á colocar las naciones en el gran vacío que dejaba Napoleon en la lista de

los héroes : Alejandro se habia lanzado en la arena para luchar cuerpo á cuerpo con el adalid de la Francia, y á imitacion de los antiguos paladines, ganaba con el triunfo conseguido todas las coronas marciales que brilláran en la frente de su contrario.

Cuantas conmociones hubo desde el Tajo hasta el Danubio, cuantos planes diplomáticos se fraguaron en el largo período de 1817 hasta la espedicion ruidosa de Angulema, fueron sostenidos ó anulados por el gabinete de San-Petersburgo, segun convenia á sus miras de ensalzamiento. Y no por esto se advertia cambio alguno notable en el equilibrio de Europa, pues la misma preponderancia que

egercieran la Inglaterra y Bonaparte, se la partian á su vez la gran Bretaña y la Rusia. Alejandro habia reemplazado á Napoleon en el continente, y Jorge III empuñaba como siempre el importante cetro de los mares. La armoniosa combinacion de la balanza europea, el áncora en que se apoyaba este gran sistema político, habia sido rota por el sacudimento impre-visto de la revolucion francesa: á ella se debieron no solo el espíritu de ambicion, el desencadenamiento de las pasiones y las demas desgracias morales que han afligido á los pueblos, sino tambien el hábito pernicioso que los acostumbró á inclinarse ante una potencia guerrera, y á no estra-

ñar que levantase la cabeza entre las de primer órden la que se creyese con mas derechos á la dominacion universal. Lejos pues de que ninguna nacion tuviese la audacia de arrebatar á la Rusia esta brillante prerogativa, miraron con respetuoso temor los esfuerzos que hacia para afianzar aquel gigantesco poderío, lentamente preparando nuevos elementos de irresistible pujanza. Y como los mismos yelos y denegridas selvas, que acabaron con Napoleon y Cárlos XII, ofrecian para sus huestes guaridas inaccesibles á sus contrarios, contaba ademas con la ventaja de hallar una retirada aun mas segura en su recinto, que la que encontró Pelayo

en los montes ásperos de Astúrias contra el ardiente fanatismo de los moros.

Tal era la situacion política de aquel vasto imperio cuando subió Nicolas al trono por la aclamacion unánime de sus habitantes. Las primeras negociaciones de la Prusia y del Austria, los elocuentes discursos de los oradores que marchaban al frente de la oposicion en el parlamento británico, los escritos de Lindsay y las sátiras de Tallien, prueban de una manera harto evidente la envidia y la desconfianza que ya escitaba en los estados de Europa una potencia colosal, mas temible que lo fuera Bonaparte, pues que sobre contar con las bayonetas y la

gloria, podia hacer alarde del legítimo derecho de una antigua dinastía. Abrióse en esto la guerra de oriente, y todos los soberanos pusieron en movimiento sus talentos, su influencia y sus egércitos para empeñar la lid sangrienta entre los dos imperios, al efecto de que Nicolas y Mahamud salieran debilitados é impotentes. La pericia militar triunfó del maquiavelismo diplomático, y mientras se discutian las cuestiones del derecho con la sutileza y el afan que sucede en tales casos, los rusos tremolaban ya el lábaro delante los muros de Constantinopla. Verdad es que los reiterados esfuerzos de las altas potencias, y las ventajosas proposiciones del Divan

arrancaron la brillante media luna de las garras del águila moscovita, que hubo de contentarse con plantar en las altas torres de San-Petersburgo algunos pedazos del estandarte del profeta; pero la aureóla radiante, que adquirieron las legiones de Nicolas en esta esplendorosa campaña, no deslumbró menos á los pueblos de la Europa, y dispertó la envidia de los que reinan en ella. Sobre todo la Francia, en cuyas manos ya hemos dicho que anteriormente brillaban las inmortales palmas de la reputacion militar, contemplaba con el mayor despecho aquellos rápidos triunfos que colocaban en el primer escalon á un pueblo que dos siglos antes era

despreciado como bárbaro. ¿Cómo ponderar, corrida y deslumbrada por la mágica espedicion del oriente, las fáciles victorias de Angulema y el paseo militar que hizo en la Grecia? ¡Ah! si los hijos de la España hubiesen combatido por una causa tan sagrada como la que dispertó sus iras en la guerra de la independencia, y si reunidos bajo las legítimas banderas de la antigua monarquía se propusieran rechazar á un egército invasor, muy diversa hubiera sido la lucha, oponiendo á las huestes de la Francia un valor por lo menos igual á su valor, y un tenaz deseo de defender sus hogares á su bélico entusiasmo por la gloria.

Si tal decimos del egército fran-

ces con respecto á la guerra contra un pueblo denodado y valiente, ¿qué diremos en órden á la que hizo á la guarida de piratas y bandoleros, que no se sostenian con los recursos de su poder, sino por la falsa é innoble política de las naciones cristianas? ¿Qué vale aquel desconocido mar del África en cotejo del estrecho de Bizancio, la escuadrilla de un pirata en comparacion de la armada naval del gran señor, y las murallas de Argel al lado de las cúpulas de santa Sofía? No dejaba de conocer la Francia, á pesar de su espíritu nacional, las desventajas de semejante paralelo, y que el brillo de la espedicion argelina era del todo eclipsado por el esplen-

dor de la campaña de Constantinopla. Por esto en su gaceta de estado, especie de capitolio donde se coronan los grandes triunfos de la milicia europea, no se concediera á los esfuerzos de la Rusia el incienso que se tributó á los que dieron en tierra con el régulo mas insolente y débil de toda el África.

La revolucion de julio fue abrazada por muchos con fervor porque se figuraban que restituiria á la Francia el prestigio militar, único agente para sostener el contrapeso de la fuerza marítima de la gran Bretaña, y atajar en su temible arranque el orgulloso movimiento de la Rusia. De aquí el grueso partido que abogaba por la guerra deseando volver al uni-

versal trastorno del tiempo de la república; pero cuando los hombres sinceramente amantes de la prosperidad de su patria empezaron á conocer que con ella atraían solo las tormentas civiles, sometiendo al cañonazo de los enemigos del órden los barrios de la capital, y al telégrafo de Paris todas las ciudades de Francia, empezaron á declararse por la paz y á no mirar con tanta confianza un trono sobrado reciente para no temer que se hallasen al primer vaiven sin clero, sin nobleza, sin verdaderas instituciones.

No obstante, puede mas en un frances el deseo de la prosperidad de su patria que todos los temores de la anarquía, y si vieron por

tanto el levantamiento de la Bélgica con cierta satisfaccion en la esperanza de convertirla en provincia francesa, no contemplaron con menos deleite la insurreccion de la Polonia por considerarla como el primer grito de alarma contra el atrevido vuelo de la Rusia.

ARTÍCULO 2.º

Análisis del derecho de intervencion.

Entre los movimientos de general discordia que anunciaban á la Europa una guerra semejante á la de 1792, arrojaron los gabinetes el famoso principio de *la no intervencion* para contener á las potencias beligerantes en su actitud hostil, como tiraban el baston de mando los antiguos reyes en la arena de un palenque para que cesase el furioso ímpetu de los paladines. Con esto quedaron abandonadas á su propio impulso

las conmociones de la Bélgica y la Irlanda, el levantamiento de la Polonia, y el amago que sufrieron las fronteras de la península. Á este mismo principio se ha debido que diesen rienda los belgas á su espíritu de enemistad y division, que manifestasen los polacos un grado de resistencia digno de causa mas justa, y los habitantes de España la sensatez inalterable, que ha de mirarse como un fenómeno en medio de tantos choques y alteraciones políticas.

Bien analizado sin embargo el secreto de este principio, habremos de convenir en que supone el temor de todos los bandos, y el deseo en que estaban los ministerios de consultar antes de decidir-

se el rumbo de los acontecimientos. ¿Qué ventaja puede tener una nacion tan celosa como la Francia de la gloria agena en no fomentar un levantamiento de peligrosa consecuencia para el coloso del norte? ¿Qué ventaja en no recoger la diadema de los belgas de en medio de un circo donde tiene príncipes ó héroes por competidores? No puede ser otra que el recelo de ver nuevamente á los aliados á las puertas de Paris, cosa harto probable quizás en razon de los diferentes partidos que la ensangrientan y dividen.

Tampoco puede decirse que temiesen el Austria, la Inglaterra y la Prusia la intervencion guerrera de la Francia, sino la de sus

ideas políticas, especie de magnetismo que se propaga con velocidad prodigiosa, deslumbrando á los pueblos para que no reparen en las consecuencias del contagio. Y no se crea que tratemos de atacar por esto la clase de gobierno que adopte cada nacion, mientras sea conforme á sus pasiones y costumbres, pues estamos persuadidos de que las mismas leyes que labran la felicidad de un estado meridional, serian acaso inútiles para otro que se hallase en las regiones del septentrion. Si es disculpable en el último un código que ensanche el círculo de sus facultades para vencer en cierto modo su carácter naturalmente flemático, es preciso en el primero

el blando freno, que contiene en los límites de la razon la vehemencia de la fantasía, encaminándola por la angosta senda de la virtud y de la gloria. Sobre todo nunca perdamos de vista que los pueblos de la antigüedad fueron sin el vínculo de una religion sagrada á manera de naciones flotantes, errando sin direccion, y desapareciendo rápidamente por esta causa de la superficie de la tierra. Las torres de Babilonia, las pirámides de Egipto, el capitolio de Roma y los pórticos de Palmira, nos revelan unos imperios que habian de ser eternos segun la cultura y el esplendor de las artes, y sin embargo solo restan de su esfuerzo algunos monumentos que

deben considerarse como débiles vestigios de tan célebre pujanza.

Volviendo empero al hilo de nuestras ideas, es fuerza convenir en que el principio famoso de *la no intervencion* ha sido la egide de todos los gobiernos. Sin embargo de que el movimiento de la Francia parecia interesarla en el derecho de proteger á cuantos tratasen de imitar su conducta política, el temor de la anarquía la hizo suscribir á este especie de pacto comun, único eslabon que resta de la cadena que enlazaba las naciones desde el tratado de 1815.

No empero debemos figurarnos por esto que el bando inclinado á

las brillantes é ilusorias teorías de la asamblea constituyente ó á los ruidosos decretos de la Convencion, haya dejado de luchar con ingenio y bravura contra semejante vínculo. El grito de los obreros de Paris, el lenguage exagerado de los periodistas, el tumulto de los estudiantes, y los oradores del lado izquierdo, han igualmente cooperado á su destruccion y á que apareciera la bandera tricolor en varios paises de Europa. Si no lo lograron agradézcase á la misma audacia de tales competidores, y á las huellas que han dejado en su pais los triunfos de Danton y de Marat, contra los cuales nada valen las ingeniosas hipérboles de la oratoria

y los sofismas de la tribuna (1).

«He sido, esclama cierto orador acreditado de las cámaras, uno de los que creían que la revolucion de julio trajera á mi patria el sosiego interior y la gloria de las armas; pero ya veo que es preciso renunciar á ella y resignarnos á vivir bajo los degradantes tratados de 1815. Es preciso contentarnos con la frontera estrecha y diminuta que marcó en su venganza la espada de los enemigos, la misma que en pleno parlamento acaba de proclamar el ministerio de Inglaterra, la frontera de la Europa. Es preciso, á

(1) El siguiente discurso vino tambien traducido en una de las estafetas de San-Sebastian del mes de abril.

despecho de nuestro decantado principio de *no intervenir* , resistirnos á la compasion que nos inspiran los polacos, y sujetarnos á mirar con vergonzosa indiferencia los esfuerzos del Austria para oprimir á la Italia. Supuesto que segun el sistema de nuestro gobierno no podemos sino inclinar la cerviz á tan dura servidumbre, y representar un papel insignificante en Europa , sometámonos enhorabuena , déjennos tranquilos en nuestro suelo , no nos hagan proposiciones indignas de nuestro honor , y conténtense las reliquias de la santa alianza con vernos en el cascaron metidos sin tomar parte activa en los trastornos políticos del mundo.»

«Concédasenos á lo menos una compensacion en la prosperidad interior y en el espíritu benéfico de leyes que tiendan á unirnos con indisolubles lazos, y á ahuyentar de la Francia el desgraciado movimiento que se observa hácia la discordia civil. Abandonemos para ello el sistema imperial de la centralizacion, aquel sistema que atrayendo todos los rayos á un mismo foco, reune las pasiones é intereses en la propia mano, que por no soltar las riendas á tan descomunal poderío, obra con singular sutileza y esfuerzo contra la emancipacion de los pueblos.»

«Admírome de ver á gentes que tuvieron parte en el ensalza-

miento de Felipe de Orleans abogando por conservar todavía el círculo que Napoleon estimaba como la piedra angular de su despotismo (1). Sin restituir á los departamentos la vida política, sin que la masa agrícola y propietaria intervenga en la administracion de los intereses locales, ¿seria posible sofocar el odio de los partidos é interesar á todas las clases en el bien comun? No son esos árboles de la libertad, esos fantasmas del desórden los que han de reunir los intereses de la Francia, sino el principio electoral en toda su plenitud, el derecho de delegar las propias facultades,

(1) Alude á la peligrosa ley de las elecciones.

eterna base del grande edificio que se debe al grito intrépido de Paris y al unánime voto de los departamentos.»

En este discurso, que puede considerarse como la obra maestra de los partidarios de la revolucion de julio, se nota como en todos el deseo de la gloria y el temor de la derrota, el ansia de arrebatar á la Rusia el cetro de la dominacion universal y el miedo de envolver á la Francia en los horrores de la guerra civil, el proyecto en fin de oponerse abiertamente al principio de *la no intervencion*, y el recelo de que sin esta egide de las monarquías viniese á dar en tierra el monumento de la dinastía reinante. Nadie se alucinará

hasta el punto de pensar que la Francia haya renunciado al derecho de su influencia política llevada del bien comun, ó persuadida de ser este el único medio de no trastornar los respetables cimientos en que se apoyan los gobiernos y los príncipes. Conoce que no seria fácil adivinar las consecuencias del impulso que se ha dado á sí misma como tratase de hacerlo trascendental á las demas naciones, y que si estas cuentan con el desengaño de sus pueblos y el convencimiento de las desventajas que encierra un trastorno universal, no brillan en su territorio estas virtudes de manera que le permitan marchar de frente contra un sistema dictado en ob-

sequio de la paz y de la justicia.

En vano algunos redactores de folletos y periódicos han pretendido probar que este derecho apoyado por las altas potencias era un abuso del poder, un freno político para atajar los progresos del gabinete de las Tullerías. No hacen mas que descubrir con tales despropósitos el espíritu superficial con que analizan una cuestion de la mayor trascendencia en la época presente. No se desea la desmembracion de la Francia, sino moderar los vuelos de sus planes políticos; no se le tiene quimera por el rango que ha ocupado siempre entre las potencias de Europa, sino por el abuso que acaso pudiera hacer de los recursos verda-

deramente grandes con que cuenta. ¿No la hemos visto anunciando las tormentas políticas y marchar como el heraldo de la desgracia al al frente de las rápidas conquistas, cuyo sacudimiento aun se percibe desde las márgenes del Danubio hasta la embocadura del Tajo?

Cuando los pueblos de la Europa estaban unidos por el vínculo de la religion católica, existia un tribunal superior cuyo carácter augusto le daba un derecho á recordarles la virtud, á suavizar sus pasiones y á reconciliarlos con los príncipes. Á las plantas del sumo pontífice se llevaban en última apelacion las grandes querellas cuyo resultado pudiese tener decisiva influencia en la paz de las nacio-

nes. Muchas veces se vió á la iglesia de Jesucristo defender la causa de la plebe contra el presuntuoso orgullo de los barones, y hacer salir triunfantes de su yugo feudal las mismas prerogativas de los monarcas. Colocada de este modo como el arca de la alianza entre los poderosos y los súbditos, entre los soberbios y los humildes, mantenia con su báculo el equilibrio de la Europa, y tenia depositada en su misterioso seno la sabiduría de los tiempos antiguos, la esperanza de los venideros, y el espíritu de afabilidad y mansedumbre que habia de cicatrizar las llagas de aquellos siglos semi-bárbaros. Las armonías del corazon, la dulzura de los afectos

sociales, el inocente lazo que debe unir á los hombres bajo el arteson del alcázar y en la cabaña del desierto, lazo que notablemente influyera en la sencillez de aquellos tiempos para que amasen los pueblos á sus señores y respetasen los magnates á los soberanos; se hallaba en las paternales decisiones de aquel tribunal divino, arrojado por el Altísimo en medio de gentes sin cultura ni moderacion para que hiciese brillar la aurora risueña de las artes y el benéfico esplendor de las virtudes.

Desde que desapareció para el comun de los pueblos un tribunal que de esta suerte se elevaba entre Dios y los hombres, y desde que estos se creyeron con fuerzas sufi-

cientes para conducir á las naciones por las ásperas sendas de la felicidad y del poder, ha sido muchas veces necesario recurrir á ciertos principios maquiavélicos ó sofísticos que contuviesen el ímpetu de los que pretenden perpetuar las discordias civiles. Tal es lo que se ha hecho adoptando *la no intervencion.* Supongamos que los gabinetes no hubiesen sábiamente establecido este principio, y que se lanzáran á la vez todas las naciones de Europa ya en los campos de la Bélgica y la Polonia, ya en los estados del papa, ya en las llanuras de la península: supongamos los efectos de esta guerra universal desatando los vínculos sociales y desuniendo las familias:

¿habrá un solo europeo que no tiemble al aspecto de tanta desolacion y trastorno? ¿Y habrá quien augurarnos pueda la mas leve y remotísima ventaja de una lucha tan sangrienta como interminable? Adivínase, sí, de golpe el tumulto de las encontradas pasiones, el deseo de sacudir el yugo de las leyes, el ansia de aspirar á brillantes destinos, la rápida sucesion de los opuestos bandos, las plagas en fin que desde tantos años afligen las mas florecientes provincias de la América. Opóngase á esta pintura la que actualmente ofrecen los pueblos de la Europa manteniéndose en el reposo de la paz, mejorando sus instituciones y estudiando en los varios movimien-

tos del cuerpo político hasta donde sea lícita ó saludable la aplicacion de filosóficas teorías, y veamos en cual de las dos florecen mas las ciencias, se fomenta la industria, se reanima el comercio y nos deslumbran con su brillo las amables y pacíficas bellas artes. Desgracia ha sido que el volcan de la guerra haya vomitado llamas en la Polonia y en la Bélgica; pero fuera mucho mayor que á un mismo tiempo se agitasen los desiertos de Siberia y las abrasadas arenas de Gibraltar y Algeciras. ¿Y quién nos dice que así como el desórden de los elementos engendraba antiguamente las plagas y los monstruos, no hubiese atraido este universal desórden amotinadas hordas

de la Tartaria mas iracundas y vengativas que las que se llamaron por instinto *el terrible azote de Dios?*

Para manifestar en lo abstracto y metafísico de la política lo mismo que acabamos de ver en su parte histórica y material, es preciso no perder de vista que todo se sostiene en la naturaleza por medio de contrastes sábia y armoniosamente combinados. En ellos reside la secreta fuerza que produce los grandes acaecimientos, y en ellos el admirable efecto de esa armonía universal, imágen encantadora de la inteligencia suprema. Destruiríase el mundo si la violencia se juntase á la violencia, si la debilidad se juntase á la debi-

lidad, y no hubiese por último mas influjo que el de un mismo principio, ora fuese de sobrada pujanza, ora escesivamente falto de vigor. Al contrario, todo nos da idea de una oposicion bien calculada, y hasta los diluvios y los volcanes en el sistema físico, las revoluciones y los grandes crímenes en el sistema moral, tienen sus palancas y contrapesos que sirven en cierta manera de límites al desmedido arranque de su impetuoso desnivel. Por haber traslucido algo de este eterno y recóndito principio, guardan las leyes é instituciones sábias de la antigüedad un admirable contraste con el carácter de los pueblos á quienes se aplicaron. Si se mani-

fiestan inclinados á la indolencia ó la timidez, contribuyen á inspirarles la noble ambicion de la gloria : si decididos por la inconstancia y la guerra, hácenles gustar el deleite de los placeres sociales para que así conozcan y amen las dulzuras de la paz.

El *derecho de la no intervencion* ha venido á servir de contrapeso al impulso tan rápido como imprevisto que ha dado la Francia á las ideas de los que no quieren ser gobernados por las benéficas leyes de Luis XVIII. Á él se debe pues el sutil equilibrio que subsiste en la balanza europea, sin embargo de los sacudimientos que ha habido para romperlo. Es cierto que los grandes armamentos de

las principales potencias amenazan destruir tan sábio principio con la misma facilidad que cortó el nudo gordiano la espada vencedora de Alejandro; pero no por esto se habrán dejado de conocer durante largo tiempo las ventajas de este diplomático recurso, supuesto que en el estado actual de la Europa es lo único á que puede apelarse para que no se desaten y suelten á la vez todos los eslabones de la antigua cadena que tantos pueblos enlazaba desde la brillante aparicion de Cárlos v.

ARTÍCULO 3.º

Guerra de Polonia.

Difícilmente se sujetan á metrópoli estrangera los pueblos que fueron célebres por sí solos, y tuvieron épocas de singular y poderoso engrandecimiento. Los anales de Polonia han sido un vigoroso incentivo, un frenético despecho para todos sus habitantes: su imaginacion ardiente recordaba con mal disimulada cólera las hazañas de los nobles palatinos, que tanto dieron que hablar en Europa por su iracundo carácter y su altanera pujanza. Todos saben que resplan-

dece en la índole del polaco el pundonor del europeo y la viveza del tártaro. Activo y corajudo, estremado en el odio, invencible en la lucha, fanático por su nobleza, mas aun por sus leyes semifeudales, era de los pueblos modernos acaso el mas difícil de subyugar ó convertir en provincia de otro reino. De todos modos atendida la vehemencia y altivez de tal carácter, no se presentaba como muy posible que por dilatado tiempo se plegase á las leyes y á la dominacion de otros estados, y mucho menos á las del imperio que antiguamente arrollaron, y que estaba aun sumido en la mas inmunda barbarie cuando contaba largos siglos de civilizacion la

belicosa Polonia. Tampoco podian echar en olvido el caso que hizo Bonaparte de su audaz y caballeresca valentía, y que cuando á banderas desplegadas entraron en Paris en 1814, se llevaron la palma de la marcialidad, de la brillantez y disciplina entre las aguerridas huestes de la Francia, del Austria y de la Prusia.

Es fuerza convenir en que el dominio que egerciera sobre ellos el gabinete de San-Petersburgo ha sido algo indiscreto, pues que les quitaba hasta la sombra de su independencia política. Para esto se hiciera preciso conquistarlos, humillar su bravura, dejarles sin tradiciones ni fastos, degenerarlos, embrutecerlos, convertirlos en una

tribu de ilotas que no tropezase con el sepulcro de un héroe, ni con las ruinas de una torre feudal, ni con nada en fin que dispertára su orgullo, ó el dulce y desesperado recuerdo de las antiguas victorias. Semejantes medidas fueran, es verdad, no solo indignas de un pueblo civilizado, sino ingratas con otro pueblo marcial y valiente que ocupando la retaguardia de la Europa la defendió de los bárbaros del septentrion cuando en el estremo opuesto la libraban los guerreros de Castilla del impetuoso tropel de las hordas musulmanas; pero quedaba entonces al arbitrio de la Rusia el no guardar consideracion alguna á la Polonia, y colocarla entre las prerogativas de

provincia privilegiada, ó la opresion de las que sentir debieran el látigo sangriento de la esclavitud.

La rapidez de los acontecimientos políticos no permitió al gabinete de San-Petersburgo dedicarse á fijar sus ideas en órden á esta reflexion, y la especie de tiranía de que se quejan los polacos es mas bien un efecto de mil accidentes casuales y del espíritu de rivalidad que reina entre los dos pueblos, que obra del cálculo ministerial ó del odio que contra su nacion suponen en los magnates del imperio.

En la guerra del oriente, que tanta celebridad é importancia dió al gabinete de San-Petersburgo, descollaron las legiones polonesas

por su impávido y marcial ardor, no menos que por la facilidad é inteligencia en los brillantes movimientos y evoluciones militares. Al volver á su pais no hallaron la recompensa de los soldados de la Rusia en la felicidad doméstica de sus familias, ni en las prerogativas que se conceden á las provincias que mas contribuyeron al logro de una difícil empresa, sino el cuadro angustioso de la servidumbre en que yacía su antigua patria, sin que mereciese de la córte imperial algun leve testimonio de interes ó agradecimiento. Las guarniciones rusas y los gefes que militar ó jurídicamente la ocupaban, en vez de mostrar la blanda cortesanía y el espíritu

de rectitud que les prescribiera el gobierno de San-Petersburgo, ostentaban en su aspereza y orgullo la índole inflexible y tirana de un conquistador despótico. Esta conducta, á la vez indiscreta y poco generosa, daba márgen á mil ocurrencias desagradables, que aumentando el descontento general traían á la memoria de los polacos el eclipsado esplendor de sus laureles. «La misma sangre, esclamaba en cierta reunion uno de los que ahora capitanean sus egércitos, la misma sangre que hemos vertido por esos ingratos, podíamos oportuna y gloriosamente derramarla para restablecer aquella famosa Polonia, que pérfidos tratados mas bien que célebres victo-

rias, borraron del mapa político.»

Justo hubiera sido que elevasen estas sentidas quejas á un soberano tan recomendable por su justicia y su bondad como por su magnánimo valor; pero los acaecimientos de julio, y el efecto mágico del rápido destronamiento del rey de Francia, cambió las ideas de los principales habitantes del reino hasta el punto de desear para su patria una chispa de la grande hoguera que estaba ardiendo en Paris. Fraguóse desde entonces la insurreccion persuadiendo á los menos tibios con presentarles el cuadro de las olvidadas glorias, á los descontentos hablándoles de afrentas y de venganzas, á los soldados echándoles

en rostro el villano tratamiento de los rusos, y deslumbrando á todos con el incentivo de honrosos y lucrativos empleos. Impeliendo al propio tiempo todas estas pasiones hácia un mismo objeto, les comunicaron la irresistible vehemencia de las grandes revoluciones, cuando obra aun en ellas el primer impulso y no se han debilitado por caprichosas ó criminales reyertas. ¿Qué fuerza habian de hacer contra este torrente las pacíficas proclamas con que al principio quiso atajarlo el emperador de la Rusia? Semejante á la erupcion terrible é imprevista de un volcan, no hallaba diques bastantes robustos que contuviesen su velocísima carrera, y bur-

lóse por consiguiente de esas primeras tentativas en que mas resaltaba para los polacos la falsa preocupacion de la córte, que la paternal mansedumbre del emperador Nicolas.

Los primeros movimientos del general Diebitz en Polonia no fueron tan felices y rápidos como los que verificára en el oriente. Diseminados los naturales del reino por toda la estension de su territorio, manifestaron desde luego no tanto el deseo de dar grandes batallas campales, que brevemente decidiesen de la suerte de su patria, como la táctica de ir batiéndose en guerrilla, ya para disminuir y cansar las enormes masas que fuese vomitando la Rusia, ya para

dar tiempo á los resultados que prometian los síntomas de universal trastorno, dispuestos al parecer á verificar un ruidoso cambio en el continente europeo. Inútil contemplo detenerme en el pormenor de las acciones y escaramuzas que abrieron esta campaña. Sobrado insignificantes en sí mismas, aunque de la mayor importancia consideradas en su influjo total, atrajeron muy pronto la atencion de todas las naciones, y revelaron á la Rusia que no se trataba de un levantamiento hijo del azar ó de la exaltacion momentánea, sino de la conmocion de un pueblo belicoso y ardiente que aspiraba á sacudir el yugo de una potencia que abusó en cierta manera del

derecho que le dieran los últimos tratados de la Europa.

En efecto, no hallamos posible ponderar la disciplina, el sufrimiento y el heroismo que han distinguido á los polacos en esta ensangrentada lucha: es preciso para formar de ello una idea algo aproximada, verlos arrostrar con despejada frente la impetuosa acometida de egércitos mucho mayores, y despreciar la desolacion de la peste, los rigores del hambre y la cólera de los elementos. Son tantos los rasgos de admirable desprendimiento y osadía, que únicamente los que combatimos bajo las gloriosas banderas del imperio, los que por religion y por instinto estamos siempre dispuestos

á dar la vida por el emperador y por la patria, podemos resistir á la desesperacion y al vengativo encono que les inspira el afan de señalarse con inmarcesibles hazañas y recuperar la suspirada independencia. Todos nuestros esfuerzos se han estrellado hasta ahora contra la heroica resolucion de la Polonia; pero si se considera la aspereza del terreno, las muchas nieves que han cortado á veces la comunicacion entre las divisiones de nuestro egército, y el no haber podido combinar ninguna batalla verdaderamente decisiva, no se estrañará la especie de inaccion en que han supuesto al egército ruso los periodistas que contemplan el teatro de la guerra

desde quinientas leguas de distancia. Abandonen si no el cómodo sillon donde trazan tan caprichosos planes, trasládense al campamento de Diebitz y vengan á luchar en compañía nuestra contra una provincia intrépida y guerrera actualmente desesperada y resuelta, contra los rigores de la estacion mas sañuda, contra la escasez de víveres en terreno pantanoso y desigual, contra la plaga por último del cólera morbo, y veremos si serán despues tan pródigos de injurias, tan fáciles en sus juicios, tan desatinados y absolutos en sus descripciones y fallos.

Estraño pareceria que no hubiesen hecho mencion de la muerte desastrada de Odeliska, como no

supiésemos que se dedican á pintar sucesos arreglándolos á medida de sus cálculos, sin que puedan procurarse los datos históricos ó diplomáticos que les darian campo para raciocinar con algun acierto. Como el trágico acaecimiento que puso fin á los dias de esta peregrina belleza revela en cierta manera el carácter de la guerra actual, y es rasgo digno en consecuencia de ocupar la atencion de los que lean este rápido bosquejo, no puedo pasarlo en silencio y dejar de rendir á la hija de un noble palatino el triple homenage que se debe á la virtud, á la hermosura y al infortunio.

ARTÍCULO 4.º

Odeliska.

El baron de Omúller se hallaba de gobernador en la parte de Polonia fronteriza de la Rusia antes de estallar la revolucion. Hacia ya tiempo que andaba perdido de amores por la jóven Odeliska, hija del conde Lieski, noble palatino de aquellas cercanías. El castillo en que habitaba el conde estaba poco distante de la poblacion donde residia el gobernador, lo que dió márgen á que viese con harta frecuencia á Odeliska, y quedase

enteramente fanático por su hermosura.

Criado Omúller en los gobiernos fronterizos de la Tartaria, era naturalmente áspero y despótico. Figurábase que debia tratar á los polacos con el mismo rigor desapiadado y brutal que á los bárbaros del septentrion, por lo que era aborrecido de muerte en aquella comarca, y destinado á servir de pábulo á la rabiosa venganza de sus habitantes.

Lieski no pudo acceder á sus deseos de unirse con Odeliska, tanto por lo que le repugnaba su mala índole, como por el odio y el sarcasmo con que se mofaba de los pueblos polacos. Por otra parte Odeliska estaba destinada á Lo-

binski, gallardo é ilustre jóven de Varsovia, digno de tal alianza por su valentía, generosidad y nobleza. Habíase distinguido en la campaña de oriente, y las dos familias fijaron para su vuelta la época de un enlace que inspiraba tierno interes á las personas mas distinguidas de todo el reino.

Despechado Omúller viendo que se aproximaba este aborrecido dia, y ardiendo en deseos de vengar su orgullo, tanto en el conde Lieski como en su propio rival, no perdonaba diligencia para hallar un camino que le permitiese dar rienda al ímpetu de su cólera. Llega entonces á su noticia la conjuracion polonesa, y bien que no estuviese cierto de que Lieski y un

hijo adulto que tenia se hallasen envueltos en ella, sorprendióles cierta noche en su propio castillo y encerrólos en una torre como reos de alta traicion, exigiendo de sus satélites la mas escrupulosa vigilancia.

Desde que supo Lobinski la desgracia de Odeliska y el absoluto desamparo en que se veía, desesperado y resuelto empleó su crédito y riquezas para dar impulso á la revolucion, y corrió á socorrer al ídolo de su cariño. Introdújose de noche en el castillo de Lieski, penetró hasta la estancia donde lloraba Odeliska la prision de sus deudos y la ausencia de su amante, arrojóse á sus pies, reanimó sus esperanzas, juróle un

amor eterno y exigió que le siguiera, que huyese con él en busca de los valientes que dentro breves dias libertarian al conde y darian una patria á los míseros habitantes de Polonia. «¡Seguirte! respondió Odeliska, ¡seguirte, amado Lobinski, mientras mi padre y mi hermano gimen en cárcel tenebrosa!.... ¡ah! mucho deseo la felicidad de mi patria, pero si tardas en romper la cadena que la tiene enlazada al carro triunfal de la Rusia, habrás de erigir un sepulcro á la infeliz familia de Lieski.» — «Vanos escrúpulos, Odeliska: es fuerza que me sigas, es fuerza que vengas á reanimar la ira de nuestros hermanos. Ellos verán en tus lágri-

mas una víctima de la insolencia del imperio, y en tu marchita belleza la imágen desolada de la Polonia, pidiendo como la Grecia que la desesperacion de sus hijos la liberte de los bárbaros.»

—«No, Lobinski: solo verian una hija ingrata que abandona al anciano autor de sus dias para seguir al héroe que cautivó su corazon.»

—«Para seguir á su esposo, interrumpió el guerrero dando un grito.... no pretendas burlar los peligros que acabo de acometer para salvarte, no pretendas derramar en mi pecho el veneno de la sospecha.... Tu padre mismo desde el fondo de su calabozo te está rogando que le salves, y que seas

para sus libertadores el genio de la independencia y de la victoria.»

No puede ponderarse la energía que desplegaron ambos jóvenes en este coloquio. Luchando el uno con la idea de sus deberes y el otro con el entusiasmo de sus amores, no advirtieron que huían unos instantes preciosos para entrambos, hasta que les heló la sangre en las venas el horrísono estruendo que dieron abriéndose de golpe las dos puertas del salon, por donde se arrojaron en tropel los soldados de Omúller, capitaneados por este feroz caudillo. Lobinski hizo rostro á tan inesperada acometida con un valor sin igual. Blandiendo el sable con una mano y sosteniendo con la otra á

su infeliz compañera, contuvo por largo rato el ímpetu de los rusos, atónitos de su valor y compadecidos de ver que con semejante resistencia no hacia mas que dar públicos testimonios de su deslealtad y rebeldía. Al fin hubo de ceder á fuerzas tan superiores, y cargándolo Omúller de cadenas, lo encerró en la misma torre donde el conde Lieski y su hijo habia cerca de dos meses vivian sepultados en la mas negra desventura. Lisonjeábase el soberbio de ver entrar cuanto antes á Odeliska á pedirle el perdon de su padre, de su hermano y de su amante, y aguardaba para entonces exigirle la promesa de enlazarse con él, y triunfar con este ardid infernal de

la constancia varonil que habia manifestado en pro de las nobles cualidades de Lobinski. Y si no se atrevió á proceder directamente contra ella, fue por las severas reprensiones que empezaba á merecer su conducta de la córte de San-Petersburgo, algo mas instruida de la verdadera situacion de la Polonia y de las indiscretas demasías que sin mas ni mas se permitieran algunos gobernadores y magistrados. Sobre todo el emperador Nicolas, aunque resuelto conforme á las leyes de una imparcial justicia á castigar severamente á los inquietos, sentia en gran manera que pudiesen disculpar su criminal desobediencia con las vejaciones y desafueros de los

que allí gobernaban en su nombre.

Entre tanto procuraba reanimar Lobinski al conde y á su hijo, cuyas fuerzas iban diariamente en disminucion. El alcaide que les llevaba el sustento parecia un espectro, no solo en su desaliño y palidez, sino en el brillo siniestro de los ojos, que semejantes á dos ascuas ardientes chocaban en un hombre alto y enjuto de carnes, especie de esqueleto ambulante sin mas que los huesos y la piel. Pronto adivinaron que estaba acometido de una enfermedad contagiosa, y sintieron que interiormente les abrasaba la misma fiebre. En vano les suministró Lobinski cuantos socorros podia en situacion tan aflictiva: la mala condicion de los

alimentos, la humedad del calabozo, el desapiadado corazon de Omúller que se negó á prestarles el mas leve socorro, y la amargura de ignorar cuál fuese la suerte de Odeliska; dieron en tierra con todo el valor de Lieski y postraron las fuerzas y el espíritu varonil de su primogénito. Apoyados en el brazo de Lobinski arrastrábanse algunas veces hasta la reja de la solitaria torre, para respirar aire mas puro y descubrir á lo lejos las gallardas almenas de su castillo feudal. Llegó sin embargo el dia en que ya no les fue posible levantarse de su humilde lecho. Desde él se despidieron de Lobinski, que estuvo de rodillas recibiendo sus abrazos y escuchando

sus postreras amonestaciones: rogáronle que viviese para consuelo de Odeliska y para llevarle de su parte los mas sinceros testimonios de gratitud, y despidieron en miserable abandono el último suspiro bajo la tenebrosa bóveda de una cárcel lóbrega y mal sana.

Ignorante de tan amarga catástrofe entregábase Odeliska á risueñas esperanzas al ver que iba en aumento la revolucion de Polonia. No obstante, poco tardó en saber la desgraciada muerte de su padre y de su hermano: el mismo Omúller hizo de modo que llegase á su noticia por si clavando en su corazon este venenoso dardo la obligaba á recurrir á su proteccion y á su bárbara clemencia. En

poco estuvo que la hermosa hija de Lieski no sucumbiese á tan imprevisto golpe; pero todavía se abrigaba en el seno de la torre un objeto que hacia palpitar á Odeliska y por el cual amaba la existencia. Los fúnebres despojos de su padre y su hermano habian sido sepultados en un cementerio rústico poco distante de la cárcel, sitio donde se acostumbraban á enterrar los delincuentes, en medio del cual se advertian las ruinas de una antigua ermita, que recordaba los tiempos en que los caballeros del órden teutónico construyeran estos primeros asilos de la religion para ir suavizando las costumbres de un pueblo sumergido en la barbarie.

Allí acostumbraba pasar los dias al pie de las toscas cruces que señalaban al viagero los desgraciados restos del conde y de su hijo. Algo templados los primeros movimientos del dolor concibió el designio de comunicarse con Lobinski y tentar todos los medios para librarle del ominoso cautiverio en que yacia, pues viéndose ya sola y huérfana en el mundo miraba á su amante con religioso respeto, y como la única persona que alcanzase sobre ella una autoridad legítima y la recordase la respetuosa obediencia que debiera al noble autor de sus dias.

Tierna é ingeniosa en su desgracia sacó dos palomas cariñosamente dóciles que le regalára su

hermano, y determinó adiestrarlas de suerte que volasen hasta la reja de la torre y volviesen para recogerse en su seno. Desde que concibió la esperanza de convertir en intérpretes de su dolor á estos inocentes emblemas de la ternura fraternal pasaba los dias sobre la tumba de su padre, no solo por lo muy grato que le era aquel silencioso recinto, sino por descubrirse desde allí la reja de la cárcel de Lobinski.

A la caida de una tarde cuando la luz del dia amortiguándose por grados anuncia la próxima oscuridad de la noche, desde el pie de la cruz del cementerio advirtió que movian alguna cosa blanca por entre las barras de la

claraboya fúnebre. Al momento tiende los brazos hácia aquel último sepulcro de sus dichas, y.... «¡Es él! ¡es él! esclama, no tengo duda..... ¡Lobinski! ¡mi querido Lobinski!» Segura desde entonces de que las miradas del encarcelado jóven se fijaban en ella y que permaneciendo en el cementerio suavizaba los rigores de su prision, no salia un instante de aquel religioso asilo, teniendo siempre fijos los melancólicos ojos en la torre que le ocultaba todo su bien. El primer rayo del sol, dorando las altas cumbres de los montes comarcanos, hallaba á la pálida huérfana por la senda que conducia al cementerio acariciando las dos palomas, dulce recuerdo

de la amistad fraternal, únicos confidentes de un amor desgraciado. Lo restante del dia lo pasaba en contemplar la cárcel de Lobinski y en adiestrar, ayudada de su aya, á estos alados é inocentes mensageros.

Al fin, tantos afanes lograron su recompensa. La primera carta que alcanzó contestacion fue para los dos amantes un manantial de consuelos y delicias: veíanse, aunque á lo lejos, comunicábanse sus pensamientos, los proyectos que mútuamente formaban, las ilusiones bienhechoras que frecuentemente concebian. La esperanza de romper los hierros de Lobinski, de restituirlo á su amor y á las huestes de Polonia, sostenia en sus

desgracias á Odeliska : ¡júzguese cuánto amaria la destreza y lealtad de sus palomas! ¡con qué placer las estrecharia en su seno! ¡con qué amorosa mirada las seguiria al remontarse por los aires despues de haber colgado en el lindísimo cuello el papel que encerraba los secretos de su corazon! Puesta entonces de rodillas sobre el sepulcro de su hermano y abarcando de una ojeada todo lo que habia perdido en el mundo, solia rogar á las amadas sombras de tan dulcísimos objetos una proteccion benigna para el vuelo bienhechor de su solícita avecilla.

Una mañana empero volvió la paloma mas pronto de lo que acostumbraba: rompe Odeliska con

trémulo ademan el lazo que sostenia la carta, y abriéndola con ansia amorosa advierte que era la misma que acababa de enviar á Lobinski. ¡Ah! ¡ninguna mano benéfica habia acariciado al pájaro inocente ni dádole paso por entre la reja hospitalaria!

Lobinski, tan tierno como pundonoroso, ocultaba á su desgraciada amiga que lo iba lentamente consumiendo la misma enfermedad que acabó con los dias de su padre y de su hermano. Algo animado empero con la presencia del objeto querido, prolongó cuanto le fue posible los instantes de una existencia odiosa. Al divisar desde la reja del calabozo al delicado ídolo de sus amores sentado ó

puesto de rodillas al pie de la cruz que protegiera los restos de hombres facinerosos y delincuentes, no podia menos de verter amargas lágrimas con el tristísimo cuadro que le presentaba la ilustre huérfana, y el amargo presentimiento de que la habia de faltar en breve hasta su último apoyo. El deseo de servirla aun y de sostener por medio de las cartas y las señas sus debilitadas fuerzas, le daba aliento para luchar con la desesperacion y la muerte; pero al fin amaneció un dia en que llegando al estremo su desaliento y languidez apenas pudo levantarse de la cama. Arrastróse no obstante con desesperada violencia hácia la elevada

reja, y despidió el último suspiro junto los toscos escalones por donde se subia á ella sin haber logrado vencerlos, y sin echar la última ojeada á la infeliz Odeliska.

Desalentada, casi moribunda, oyó la ilustre huérfana el trágico fin de su amante. Iban ya entrando por la Polonia las primeras divisiones del egército imperial, y prefiriendo Odeliska recurrir á sus gefes para que le diesen los mortales despojos de Lobinski, oyeron enternecidos la sencilla y melancólica relacion que les hizo de sus repentinas desgracias. Uno de ellos la tomó bajo su amparo; y entregándole el fúnebre bien que le pedia mandó meter á Omúller maniatado y sujeto en un carro

semejante al de los desterrados de Siberia, y conducirlo con buena escolta ante el emperador, á quien daba parte de su fria y calculada barbarie. En vano quisieron suavizar con esto las amarguras de Odeliska, en vano la prometieron no solo ponerla en posesion de todos los bienes de Lieski, sino darle tambien los de Lobinski, pues insensible á semejantes muestras de afecto depositó el cuerpo de su amante con los de su hermano y su padre, y continuó pasando los dias en el solitario cementerio sentada sobre las ruinas de la ermita teutónica.

Al fin logró la muerte que deseaba, y viósela espirar á los diez y nueve años de la vida como la

tierna flor que huella en deslunada noche la incierta planta del viagero.

¡Corazones tiernos, almas bienhechoras y sensibles! es vano que busqueis las tumbas de Lobinski y Odeliska, ni la rústica cruz que anunciaba el sepulcro de Lieski: es vano que querais derramar alguna lágrima al recuerdo de las desgracias que con imprevisto golpe los precipitaron en la huesa..... el furor de las batallas, los impetuosos arranques y revueltas de millares de escuadrones derribaron aquel sencillo emblema de la religion, y removieron la sagrada tierra que cubria sus cenizas. Solo al tibio resplandor de la luna se divisan algunas veces dos blancas palomas, colocadas como

antiguas aves geroglíficas sobre el arco de la ermita, interrumpiendo con mansos arrullos el sepulcral silencio de aquel santo y desolado recinto.

ARTÍCULO 5.º

Constantinopla y San-Petersburgo.

A medida que los sucesos de la guerra aumentan los laureles de la nacion polaca, y sostienen la resolucion de comprar su independencia peleando cuerpo á cuerpo con el coloso de la Rusia, interésase la Europa en el valor de aquella antigua monarquía, y atónita á su audaz empeño míralo como una espedicion heroica y caballeresca. Tal vez deslumbra á las gentes el deseo de ver humillada la soberbia del imperio sep-

tentrional, y no se fijan en las consecuencias que puede traer á la Europa la repentina emancipacion de la Polonia. Egemplo puede ser de peligroso influjo para los estados que temen en su seno el gérmen de la division ó que vislumbran amagos de discordias intestinas. La guerra civil parece haberse fijado en la Bélgica despues de arrojar amenazadores gritos en Inglaterra y en Italia, y si se diesen la mano estos bulliciosos movimientos, acaso seria difícil impedir que ardiese el continente europeo en una lucha universal y perpetua, igualmente contraria á todos los hombres de bien, como á los dulces vínculos de la religion y la moral.

Desviando los ojos de una catástrofe tan sangrienta, y fijándolos en los singulares acaecimientos que ya ofrece la historia del presente siglo, llaman al momento nuestra atencion las campañas del oriente y de Polonia. Si en la primera se ve á la Rusia acometiendo á un imperio digno de rivalizar con ella, y con quien está midiendo sus fuerzas desde tiempo inmemorial, se la contempla en la segunda luchando con un reino que le es notablemente inferior en gentes, estension y recursos. En Turquía era mayor el número de los contrarios, menor la disciplina, el fanatismo sin igual; pero en Polonia la pericia escede al número, y á en-

trambos el espíritu marcial y el entusiasmo patriótico. Se ha echado en cara á los turcos la poca fidelidad y la violacion de los tratados, y se acusa con igual fundamento á los polacos de desobedientes y rebeldes. Si es digna de elogio la serenidad de la Dieta acudiendo á un tiempo mismo á los gastos de la guerra, á mantener el sosiego y á destruir ó atenuar el contagio, no debe ponderarse menos la intrepidez de Mahamud y la táctica maquiavélica del Divan. Pero lo mas singular de semejante paralelo es que, contra todas las leyes de la presuncion humana, los mismos egércitos que tan rápida y brillantemente penetraron hasta Constantinopla

hayan sido veinte veces atajados en su movimiento hácia Varsovia.

No obstante, sin entrometernos en destruir la verosimilitud de ciertos fenómenos políticos, es fácil vaticinar á la Polonia la desastrada suerte de un pueblo que ha luchado en valde para sacudir un yugo que mejor hubiera hecho en procurar suavizarlo. Por muy aguerridas que sean sus legiones, por muy impetuoso que se ostente su entusiasmo, el águila del imperio cubrirá con sus alas todo su territorio para fulminar sobre él los rayos de la guerra y de la venganza. Y si el deseo que nos anima de ver cesar el cúmulo de desgracias que la afligen, pudiera autorizarnos para dirigirle nuestra

débil voz, le aconsejaríamos que se contentase con la corona marcial que se ha grangeado en esta célebre contienda, y sacase ventajoso partido de su actitud todavía imponente, amenazadora y hostil. ¿Por qué fatal ceguedad andan tan divididos en este siglo los pueblos de la Europa? ¿Por qué se han de encaprichar los hombres en teorías mas ingeniosas que sólidas, y en ciertas ambiciones desconocidas de nuestros padres? Vale mas no salir de la cabaña paternal y pasar la vida en delicioso sosiego: vale mas no separarse uno de la antigua senda, parecerse algun tanto al comun de las gentes y ser menos infeliz.

Por lo demas no habrá hombre

medianamente instruido en la historia de los tiempos modernos que no conozca cuán arriesgada es la causa de los polacos, atendida la debilidad de sus propias fuerzas y el acrecentamiento de las de sus enemigos. Los unos, despues de haber pasado por los diversos períodos de las naciones decrépitas, tocan ya en su decadencia, cuando los otros empiezan á ensoberbecerse con su naciente prosperidad. El ímpetu de los polacos, por muy heroico que fuere, no pasará de una llamarada rápida, de un brillante metéoro que fácilmente se estingue, mientras la calma de los rusos es una virtud tanto mas constante en la desgracia, cuanto que se halla sostenida por el deseo de

reparar la afrenta y por el convencimiento de la victoria final. Añádase á esto que parece muy preferible ser la provincia mas belicosa y espléndida del primer imperio de Europa, que una nacion insignificante, libre en la apariencia, pero sometida en realidad á todas las potencias del norte.

No es de consiguiente la débil Varsovia sino la reina del oriente, la orgullosa Constantinopla, el pueblo que se ha manifestado en todas épocas el peligroso rival de San-Petersburgo. Estas dos ciudades tienen rasgos y lineamientos comunes, sin embargo de ser tan diferentes su localidad, instituciones y costumbres. La una domina en los climas mas fértiles y aro-

mosos de la tierra, la otra reina sobre campos de nieves é impenetrables desiertos. Situada la primera entre dos mares parece tener las llaves del mundo antiguo, y elevándose la segunda en las orillas de un rio que todos los años se yela, muéstrase como lanzada de la Europa sin poder aspirar á ninguna influencia política. Las ventajas de la situacion proporcionan á Constantinopla el tráfico y el movimiento que frecuentemente le trastornan sus instituciones bárbaras, al paso que solo á la sabiduría de sus leyes, y al sosten firme que les presta su gobierno, debe San-Petersburgo el influjo mercantil y el brillo singular que lo distingue.

Mahamud y Nicolas han tratado de pulir la rudeza de una parte de sus súbditos, é inspirarles emulacion pundonorosa y orgullo militar; pero el sultan, hallándose en el caso de Pedro *el Grande*, hubo de tropezar con el inconveniente de que el número de los bárbaros es en su imperio infinitamente superior al de los hombres cultos, inconveniente que no ha detenido los proyectos del nuevo czar en razon de que la porcion civilizada escede en mucho á la indómita en sus estensos dominios. La blandura del clima, la grandeza de la situacion, las inspiraciones de un cielo resplandeciente y purísimo, parecen reunirse en Constantinopla para hacer de

ella la capital del globo, y el ingenio, las maravillas del arte y el teson de la constancia contribuir á porfía en San-Petersburgo á darle el realce que le niegan los rigores de la atmósfera y las nieves del desierto. Dos hombres igualmente grandes, igualmente célebres en los anales del mundo y en la historia de las artes, fundaron estas dos capitales: Constantino trasladó á la una el pueblo mas civilizado de la tierra, Pedro *el Grande* llevó á la otra el mas atrasado de la Europa; y no obstante, por un notable efecto de la religion San-Petersburgo es el centro de la urbanidad y la cultura, mientras yace Constantinopla en las tinieblas del fanatismo y la

ignorancia. Hace casi dos siglos que á manera de robustos atletas luchan para mútuamente arrebatarse el cetro de la Europa y el Asia; pero como la Rusia ha ido progresando en la carrera de las artes y las ciencias, y Constantinopla haciendo alarde de mantenerse envuelta en el atraso y fanática soberbia de los tártaros que la conquistaron, fácil es vaticinar que las águilas reemplazarán dentro breve término á la sangrienta media luna en las altas cúpulas de santa Sofía.

Si llega á tener lugar semejante triunfo, renacerá el famoso imperio de oriente con mas lucimiento y pujanza que en tiempos de Constantino y Teodosio. Las

naves de los pueblos antiguos y de los que habitan las prolongadas riberas del Nuevo-mundo, se reunirán en el estrecho de Bizancio despues de haber recogido las producciones mas raras de los campos de la Hesperia ó de los aromáticos climas de la Arabia. El mundo volverá á tener un señor, la balanza europea un áncora que eternamente la fije, y la armonía social un juez supremo, desnudo de la ambicion de los reyes poco potentes, y de la tiranía de los que todo lo pueden por el prestigio de un egército audaz que repentinamente los ensalce. Los mares no serán el patrimonio de una sola potencia: habrá un punto central para el comercio de todas

las naciones, y una ciudad tan comun para sus tráficos á los que pueblan los cultivados campos de la Europa como á los que beben las sagradas ondas del Nilo, y á los que se bañan en la purísima corriente del Gánges. ¡Ah! ¿por qué no apresuran los siglos esta época de general pacificacion? ¿por qué no se renuevan en esa sombra de la monarquía universal, modificada por el influjo de las demas potencias, las deliciosas auroras de Augusto y los brillantes dias de Cárlos v? No permita el destino que deje de elevarse este solio de los antiguos Césares, ni de lucir sobre él un hombre sábio é imparcial, astro benéfico á cuyo alrededor en noble concurrencia

se agiten los demas monarcas como espléndidos satélites. Solo así recuperaria algun tanto la Europa la pérdida del supremo tribunal que la engrandecia en la edad media: solo así estableciera una paz victoriosa y felicísima sobre bases tan respetables como el principio de la legitimidad, y tan eternas como el derecho que tienen todos los hombres á ser respectivamente felices (1).

---

(1) Desde la aparicion de Carlo-Magno hubo siempre en Europa alguna potencia que aspirase á la monarquia universal. Cárlos V la hizo como hereditaria en el Austria, Bonaparte peleó últimamente por conseguirla, y en la actualidad ha pasado segun parece á la Rusia este deseo ó por ser la potencia mas colosal del continente, ó porque al adjudicarse los laureles de Napoleon se adjudicase tambien sus vastisimos proyectos.